



www.loqueleo.com/es

© 2014, Jordi Sierra i Fabra

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-067-1

Depósito legal: M-37.953-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Segunda edición: octubre de 2018

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega
y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ZIGZAG

JORDI SIERRA I FABRA

loqueleg

*Para Xavier Bartumeus, que pinta sueños
y crea mundos donde la carne es vida.*

A través del jardín, frondoso, arbolado, con parterres de flores cuidados de forma exquisita, la casa, de una sola planta, se recortaba contra la espesura que la envolvía, acentuando su aire de postal. Era regia, vieja, solemne, con sillares de piedra en su base y hiedra cubriendo gran parte de sus paredes. La nota de color la ponían las ventanas, con la madera pintada de rojo en contraste con las blancas cortinas del interior. La terraza superior la coronaba una balaustrada clásica y la recortaban tres chimeneas equidistantes. Allá arriba también había plantas, macetas o pequeñas islas no menos ajardinadas: algunas colgaban oscilando al compás de la suave brisa y otras se alzaban con brío hacia el cielo.

Había gente hasta en la calle, formando grupos en la acera. Algunos fumaban allá, como si ni siquiera se atreviesen a hacerlo en el jardín. Los hombres iban con traje; las mujeres, con falda. Una ley no escrita. Rostros solemnes, tonos oscuros. Ninguna nota de color. Los coches se agrupaban en una doble fila en el exterior, y rodeaban el perímetro del acceso por el jardín en el interior.

Las conversaciones se hacían en voz baja, apenas perceptibles de un grupo a otro o de una pareja a otra.

Algunas personas le miraron.

Él también llevaba traje, solo que no era tan nuevo ni tenía el mismo corte que el de ellos. Incluso brillaba demasiado en las partes más rozadas. Y se había puesto corbata, pero el color granate, aunque oscuro, chirriaba un tanto, como si su asesor de imagen fuera un principiante.

8 Su asesor de imagen.

La idea le hizo sonreír levemente.

Luego siguió andando, con su rostro convertido en una pétrea máscara.

Sus pies hicieron crepitar la grava del sendero. Se movió despacio tratando de no hacer ruido, intentando que las miradas no convergieran en su persona. Esto último resultó difícil porque prácticamente todos los que le rodeaban pasaban de los cuarenta o los cincuenta. Encima, él destacaba por su cabello rubio como la paja y sus ojos claros. Ya de niño le habían dicho que su buena imagen tanto podría ser un regalo como un castigo en los mejores años de su vida. Una vez leyó un libro en el que se decía: «La belleza puede ser un don, pero también una fatalidad. Hay que saber emplearla».

A veces le iba bien ser atractivo.

Otras, no tanto.

Llegó a la entrada de la casa y allí sí tuvo que abrirse paso por entre la gente, empleando discreción y educación a partes iguales.

—Perdón... Lo siento... Disculpe.

Lo de «disculpe» lo decían siempre en las películas americanas. Y funcionaba.

Saber elegir las palabras era una buena cosa.

La casa, por dentro, era igual de egregia y solemne que vista por fuera. Gran vestíbulo, dos enormes salas a derecha e izquierda, una biblioteca en diagonal a la entrada, un pasillo acristalado al otro lado del cual se veía el jardín posterior y la piscina... Todas las puertas estaban abiertas, así que bastaba con un vistazo para tomarse las medidas. Lo peor era que allí los susurros sí se oían con claridad.

—Una pena.

—Y que lo digas.

—Yo aún no puedo creerlo.

—Y tan joven.

—Trágico.

Intentó orientarse por las lágrimas de algunos y algunas. Cuanto más cerca del ataúd, más lágrimas, mayor solemnidad. Así que dedujo que el muerto estaba en la biblioteca, porque los que salían de ella lo hacían con los ojos encendidos y aire de tragedia griega, envueltos en dolor, real en la mayoría, impuesto por las circunstancias en el resto.

Tuvo que esperar unos segundos, porque se formó un tapón frente a la puerta.

A su lado, una pareja de mediana edad.

—¿Conoces a alguien?

—No, qué va. A muy pocos.

—Cuánta gente.

—Mujer, es que él era...

Lo único que veía desde su posición, por encima de las apretadas cabezas, eran los libros, que llegaban hasta el alto techo alineados en estanterías de madera noble. Cuando por fin avanzó un poco más, vio también algunos cuadros, caros, y sobre la clásica chimenea, retratos y objetos curiosos, desde un trofeo de golf hasta una arqueta de cristal transparente con algo que parecía una reliquia dentro.

10

Y por supuesto el ataúd.

En el centro de la estancia, asentado sobre un túmulo inclinado, con la parte de la cabeza más alta que los pies, una enorme cruz de plata y cuatro candelabros presidiendo sus esquinas.

Se acercó a él y a su ya eterno morador.

Era un hombre de unos cincuenta años, aunque la edad se hacía difícil de calibrar porque el embalsamador se merecía un Óscar de Hollywood al mejor maquillaje. El muerto más impecable y con mejor aspecto que jamás hubiera visto.

Y había visto unos cuantos.

Lo examinó un poco mejor situándose a un lado, para que la corriente humana no lo arrastrara de regreso a la puerta. Traje impecable, corbata de seda, una aguja de oro sujetándosela, como los gemelos en los puños, el anillo en el dedo o el medallón que colgaba de su pecho, el Rolex asomando en la muñeca, una condecoración prendida de la pechera... Hasta le habían puesto un bulto en

la entropierna, para que pareciera que había pasado a mejor vida en plena forma.

No se rio de milagro.

No hubiera quedado bien.

Al otro lado del ataúd, velándolo inmóviles, una mujer anciana, con la mirada perdida, y un hombre más joven que el muerto, pero que bien podría ser un calco, un doble o una fotocopia suya. Estaban sentados. El tercero en discordia era un chico de unos catorce o quince años, de pie, con los ojos hundidos como puñales en el cadáver.

11

También él se parecía.

Como cualquier hijo se parece a su padre o a su madre.

Tuvo suficiente. Estudió el lugar, las posibilidades, las distancias, y tras ello se dejó llevar de vuelta a la puerta de la biblioteca.

El primer acto, liquidado.

Quedaba lo bueno.

Escogió minuciosamente a quién preguntarle. Se decidió por una mujer enlutada que no daba la impresión de hallarse de paso, sino que formaba parte directa del duelo. En cierto modo organizaba algo aquel caos, impartía instrucciones al servicio, sonreía aquí, consolaba allá o se abrazaba a quien fuera conteniendo las lágrimas pero dejando que la otra persona las soltara a discreción.

Se tomó su tiempo.

Y por fin...

—Perdone, ¿la señora...?

La mujer le miró de arriba abajo.

Podía darle cualquier excusa, que estaba en su habitación descansando, que no se encontraba bien... O preguntarle directamente quién era.

Él le sonrió con todo su encanto.

Su hermosa sonrisa.

Capaz de derretir un iceberg.

—Allí —señaló la mujer—. La del cabello recogido.

—Gracias.

Tomó aire, apretó los puños y fue hacia ella.

La dueña de la casa, viuda del muerto, era una mujer notable. Tendría unos cuarenta y muchos años y, pese al luto y la seriedad, no los aparentaba para nada. Alta, muy muy guapa, elegante, ojos profundos, labios grandes, inmaculado cabello negro, maquillada en su justa medida para acentuar la palidez acorde con el momento, las joyas precisas —un collar de perlas, un broche y un anillo de diamantes además de la alianza—, traje negro, falda hasta las rodillas, zapatos de medio tacón, cuerpo moldeado en un buen gimnasio...

Y mucha frialdad.

Un pedazo de hielo.

Ni una lágrima, contención, dominio.

Quizás fuese difícil.

La estudió mientras se acercaba. Tal vez se hubiera hecho ya uno o dos retoques, la nariz, los pómulos, los ojos, pero desde luego no se le notaba. Tampoco era un experto, claro. Lo único que delataba su edad eran las manos. El pecho firme, la cintura breve, las caderas moldeadas, las piernas perfectas. El sólido ensamblaje de una mujer plena.

Sí, quizás fuese muy difícil.

No pudo llegar hasta ella a la primera porque una institutriz apareció de pronto a su lado llevando a un niño de unos cinco o seis años de la mano. Más que llevarlo ella a él, era el pequeño el que tiraba con vehemencia. La mujer se inclinó, le dio un beso en la mejilla, lo acarició con ternura y le habló sin alterar en demasía sus facciones. El niño tenía carita de pena. El diálogo fue rápido. Su madre lo concluyó en unos pocos segundos, de forma elegante pero directa. Luego se incorporó, miró a la institutriz y la muchacha reaccionó al momento.

14

El niño no quería irse.

Le tocó a la institutriz tirar de él.

La dueña de la casa sonrió a los que estaban más cerca.

—Pobrecillo —dijo alguien a su lado.

—Tan pequeño y huérfano —le contestó otra persona.

—¿Quieres decir que pasaba mucho tiempo con él?

—No, pero...

—Ya conocías a Héctor.

—Sí, claro.

—Fíjate en Luisa.

—Un témpano.

—Bueno, tampoco es de las que sacan a relucir sus emociones.

—Hombre, pero una lágrima...

—Cállate, que nos van a oír.

Él aguardó una nueva oportunidad.

Siguió de cerca a la dueña de la casa, tratando de no perderla de vista, pero sin aproximarse demasiado para

que ella no le localizara antes de hora. Su maldito cabello rubio era igual que una antorcha. Las dos únicas mujeres jóvenes que había visto hasta el momento, de unos veinticuatro o veinticinco años, se lo quedaron mirando sin apenas disimulo.

No se despistó.

No estaba allí para eso.

La viuda del muerto continuaba ejerciendo de anfitriona, regalando palabras sueltas y sonrisas aquí y allá o devolviendo condolencias. Se movía con soltura, como pez en el agua. A fin de cuentas un entierro no se diferenciaba mucho de una fiesta. Había gente.

Y ella era la reina.

Mientras la seguía apreció más y más los detalles de la casa, los cuadros, los muebles, los objetos, la calidad y el valor del dinero bien empleado.

Dinero generoso y sobrado.

La mujer pareció quedarse de nuevo sola.

Se internó por el pasillo.

Él, tras ella.

La vio meterse en la cocina justo cuando alguien le decía:

—Deberías descansar.

—Gracias.

—Has de estar agotada.

—No te preocupes.

Continuó su marcha y la que acababa de hablarle pasó por su lado.

Decidió esperarla.

Un minuto, dos.

De pronto la puerta de la cocina se abrió y ella apareció en el quicio.

Se lo encontró de cara.

—Hola —la saludó él.

—Hola —vaciló la viuda.

—¿Puedo hablar con usted?

La vacilación se acentuó al fruncir el ceño.

—¿Ahora?

—Sí, es importante.

—¿Importante para quién?

—Para los dos.

—¿Quién eres?

—Es lo que trato de decirle.

—No entiendo.

—Por favor...

El diálogo había sido rápido, directo, casi inquisitivo. La mujer no se dejó intimidar. Recobró la dignidad, enderezó la espalda, le miró como una diosa mira a un ratón y se dispuso a seguir su camino.

—Tendrá que ser más tarde, o mejor mañana, sea lo que sea —se despidió de él.

—Señora —la detuvo interponiéndose en su paso—, ni siquiera sé por qué estoy aquí. No me lo ponga más difícil, por favor...

El tono implorante, acentuado por el matiz de la súplica y la emotiva carga de los ojos, abrumados por el dolor, hicieron mella en la dueña de la casa.

Solo mella.

—Pero ¿de qué va esto? —quiso saber.

La miró de frente.

Sus ojos brillaron como si fuera a llorar.

—Ese hombre... —mover la cabeza como si quisiera señalar hacia atrás—, su marido... Era mi padre.